

KENIZÉ MOURAD

DE PARTE
DE LA
PRINCESA
MUERTA

EDICIÓN CONMEMORATIVA
30 ANIVERSARIO


ESPASA



KENIZÉ MOURAD

DE PARTE
DE LA
PRINCESA
MUERTA

EDICIÓN CONMEMORATIVA
30 ANIVERSARIO



Título original: *De la part de la princesse morte*

© Éditions Robert Laffont, S. A., París, 1987

© Kenizé Mourad, 1987, 2010

© Grup Editorial 62, S. L. U., El Aleph Editores, 2000

© por la traducción, herederos de Mauricio Wacquez, 1988, 2000

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-670-4927-5

Depósito legal: B. 593-2017

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

1

—¡El tío Hamid ha muerto! ¡El tío Hamid ha muerto!

En el vestíbulo de mármol blanco del palacio de Ortakoy, iluminado por candelabros de cristal, una niña corre: quiere ser la primera en anunciar la buena nueva a su mamá.

En su prisa ha estado a punto de derribar a dos damas de edad, cuyos tocados —diademas de piedras preciosas adornadas con penachos de plumas— atestiguan fortuna y rango.

—¡Qué insolente! —exclama indignada una de ellas, mientras su compañera añade furiosa:

—¿Cómo podría ser de otra manera? La sultana* la mima demasiado: es su única hija. Por cierto, es preciosa, pero temo que más tarde tenga problemas con su marido... Debería aprender a comportarse: a los siete años ya no se es una niña, sobre todo cuando se es princesa.

Lejos de inquietarse por las quejas de un hipotético marido, la niña sigue corriendo. Finalmente llega sin aliento a la puerta maciza de los apartamentos de las mujeres, el *haremlik*,** custodiado por dos eunucos sudaneses tocados con fez escarlata. Hoy hay pocas visitas y se han sentado para conversar con más comodidad. Al ver a la «pequeña sultana», se levantan precipitadamente, entreabriendo la puertecilla de bronce y saludándola con tanto más respeto cuanto temen que ella informe del atrevimiento. Pero la niña tiene otras cosas en la cabeza: sin siquiera mirarlos, franquea el umbral y se detiene un momento delante del espejo veneciano para comprobar el orden de sus

* Sultana: princesa de sangre real, hija del sultán. Las esposas son llamadas «cadinas».

** *Haremlik*: harén habitado por una sola esposa y sus servidoras.

bucles pelirrojos y de su vestido de seda azul; luego, sintiéndose satisfecha, empuja la puerta de brocato y entra en el saloncito en el que su madre acostumbra a pasar las tardes, después del baño.

En contraste con la humedad de los corredores, en la habitación reina una agradable temperatura, mantenida por un brasero de plata que dos esclavas se ocupan de mantener ardiendo. Tendida en un diván, la sultana mira cómo la gran *Kavedji** vierte ceremoniosamente el líquido en una taza colocada sobre una copela incrustada de esmeraldas.

Presa de una oleada de orgullo, la niña se ha inmovilizado y contempla a su madre con su largo caftán. Fuera, en el exterior, la sultana usa la moda europea introducida en Estambul a partir de fines del siglo XIX, pero en sus habitaciones quiere vivir «a la turca»; aquí, nada de corsés, de mangas jamón o faldas ajustadas; ella usa con gusto los trajes tradicionales en los que puede respirar sin trabas y tenderse confortablemente en los mullidos sofás que amueblan los grandes salones del palacio.

—Acercaos, Selma sultana.

En la corte otomana no se permite la familiaridad y los padres se dirigen por sus títulos a sus hijos para que éstos se empapen, desde pequeños, en su dignidad y sus deberes. Mientras las criadas se inclinan en un gracioso *temenahs*, la profunda reverencia en la que la mano derecha, subiendo desde el suelo hacia el corazón y luego hacia los labios y la frente, reafirma la fidelidad de los sentimientos, de la palabra y del pensamiento, Selma besa rápidamente los perfumados dedos de la princesa y se los lleva a la frente en señal de respeto; luego, demasiado excitada para contenerse más tiempo, exclama:

—Annedjim,** ¡el tío Hamid ha muerto!

Un fulgor ha atravesado los ojos gris verdosos, en el que la niña cree leer el triunfo, pero de inmediato una voz glacial la llama al orden.

—Supongo que querréis decir Su Majestad el sultán Abd al-Hamid. ¡Que Alá lo acoja en el paraíso! Era un gran soberano. ¿Y quién os ha dado tan triste noticia?

¿Triste...? La niña mira estupefacta a su madre... ¿Triste la muerte del cruel tío abuelo que había destronado a su propio hermano, el abuelo de Selma, haciéndolo pasar por loco?

A menudo su nodriza le cuenta la historia de Murad V, un prín-

* *Kavedji*: encargada del servicio de café.

** *Annedjin*: querida y respetada madre.

cipe amable y generoso cuyo advenimiento fue saludado por el pueblo con raptos de alegría pues de él se esperaban grandes reformas. ¡Ay!, Murad V sólo reinó tres meses... Sus frágiles nervios se vieron deteriorados por las intrigas de palacio y los asesinatos que habían acompañado su llegada al poder; había caído en una profunda depresión. El gran especialista de la época, el médico austríaco Liedersdorf, había afirmado que con reposo Su Majestad se repondría en pocas semanas, pero los que lo rodeaban no tuvieron en cuenta su diagnóstico. Destituyeron a Murad y lo encerraron con toda su familia en el palacio de Cheragán.

El sultán Murad vivió durante veintiocho años en cautividad, constantemente espiado por servidores a sueldo de su hermano, que temía un complot que pudiera reponerlo en el trono. Tenía treinta y seis años cuando entró en la prisión. Sólo después de muerto salió de ella.

Cada vez que Selma pensaba en su pobre abuelo, sentía que poseía el alma de Charlotte Corday, la heroína cuya historia le había contado su institutriz francesa, mademoiselle Rose. Y ahora el verdugo había muerto, tranquilamente en su cama...

Es imposible que Annedjim sienta pena, ella que vivió veinticinco años prisionera en Cheragán y sólo recuperó la libertad cuando aceptó el horrible marido impuesto por el sultán Hamid.

¿Por qué miente?

Este pensamiento blasfematorio saca bruscamente a Selma de sus elucubraciones. ¿Cómo ha podido imaginar por un momento que esa madre perfecta se rebajara a mentir? La mentira estaba bien para las esclavas que temen ser castigadas, ¡pero una sultana! Desconcertada, finalmente responde:

—Pasaba por el jardín y oí a los *aghas*...*

En ese mismo momento, un eunuco algo gordo, de guantes blancos y vestido con la clásica túnica negra y cuello militar, la *estambulina*, hace su entrada por la puerta. Tras inclinarse hasta el suelo en tres temenahs seguidos, se endereza y, con las manos modestamente cruzadas sobre el vientre, anuncia con voz de falsete:

—Respetadísima sultana...

—Ya lo sé —lo interrumpe la princesa—. Selma sultana fue más diligente que tú. Avisa inmediatamente a mis hermanas, la princesa

* *Aghas*: eunucos que, llegados a cierta edad, han adquirido respetabilidad. Hasta el final del Imperio (1924), en toda casa principesca e incluso burguesa, los eunucos aseguraban el servicio entre los apartamentos de las mujeres y el mundo exterior.

Fehimé y la princesa Fátima, así como a mis sobrinos, los príncipes Nihat y Fuad. Diles que los espero esta misma noche.

Desde la muerte de su hermano, el príncipe Selaheddín, Hatidjé es, a los cuarenta y ocho años, la mayor de los hijos de Murad V. Su inteligencia y su personalidad le han granjeado autoridad dentro de la familia, de la que se ha convertido en jefa incuestionada.

Una personalidad inflexible que nació el terrible día —hace cuarenta y dos años— en que comprendió que las pesadas puertas del palacio de Cheragán se habían cerrado tras ella para siempre, una personalidad forjada lenta y obstinadamente. Ella, a quien apodaban *Yildirim*, el «relámpago», pues lo que más le gustaba era correr por el parque de su palacio de Kurbalider o pasearse en caique por el Bósforo con el rostro azotado por el viento, ella, que sólo soñaba con el espacio y el heroísmo, había sido hecha prisionera a los seis años.

Por más que gritó, lloró, se desolló las manos contra las puertas de bronce, éstas habían permanecido cerradas. Entonces cayó gravemente enferma y se temió por su vida. El médico, llamado de urgencia, había tenido que esperar tres días la autorización de Abd al-Hamid para entrar en Cheragán.

El médico le había aplicado sanguijuelas y hecho beber una poción de hierbas amargas. ¿Fueron estos sabios remedios o quizás la plegaria continua de los noventa y nueve atributos de Alá, recitados día y noche con su rosario de ámbar por dos viejas *kalfas*,* lo que la habían salvado? Una semana después, la pequeña cautiva había vuelto en sí. Al abrir los ojos vio inclinado sobre ella el dulce y hermoso rostro de su padre. Pero ¿por qué esa tristeza en la mirada? Entonces recordó... ¡No era una pesadilla! Ovillándose en la cama, había vuelto a sollozar.

Entonces, el rostro del sultán Murad se había vuelto severo.

—Hatidjé sultana, ¿creéis que desde hace seis siglos nuestra familia hubiera podido gobernar un imperio de estas dimensiones si nos hubiéramos puesto a gemir ante la menor dificultad? Sois orgullosa. ¡Que eso os sirva de defensa!

Luego, con una sonrisa, como para atenuar el rigor de la repri-menda, había agregado:

—Si mi niña no ríe, ¿quién va a alegrar este palacio? Saldremos de aquí, *Yildirim* mía, no temas. Entonces, te llevaré a hacer un largo viaje.

* *Kalfas*: damas de honor agregadas al servicio de palacio.

—¡Oh!, *baba** —había exclamado extasiada, pues nunca una princesa imperial había salido de Turquía ni siquiera de los alrededores de Estambul—, ¿iremos a París?

El sultán se había echado a reír.

—¿Ya te consideras una mujercita? Pues bien, te lo prometo, flor mía, en cuanto salgamos de aquí, te llevaré a París...

¿Lo creía él mismo? Necesitaba la esperanza para seguir viviendo. ¿Viviendo?

La mirada de la sultana se ensombrece, recuerda... Durante aquellos veinticinco años de cautividad, el sultán Murad vivió su muerte cada día.

La noche comienza a caer cuando dos faetones entran estruendosamente en el patio interior del palacio, el que da al apartamento de las mujeres. De uno de ellos, con labrados de oro, baja una graciosa silueta vestida con un *charchaf* de seda malva, la enorme capa que disimula las formas. Del otro sale una persona regordeta, cubierta por un *charchaf* negro, de los más clásicos. Ambos *charchafs* se abrazan un momento antes de precipitarse al interior del palacio, precedidos y seguidos por solemnes eunucos.

El palacio, con la mayoría de las residencias de príncipes y princezas, es una antigua mansión de madera labrada, precaución necesaria en una ciudad dominada por los terremotos. Blanco y en medio de un parque rebosante de fuentes, de rosas y cipreses, el palacio domina el Bósforo, a esta hora iluminado por el crepúsculo. Sus balcones, sus escaleras, sus galerías y terrazas, adornadas de festones y arabescos, dan a la casa el aspecto de un encaje.

Al pie de la escalera de doble tramo que conduce a los salones del primer piso, la gran secretaria de la sultana espera a las visitantes. Con un vestido de raso abotonado hasta el cuello, está tocada con la tradicional cofia de muselina —pues incluso en su casa, una mujer honrada no puede estar con la cabeza descubierta—, y sostiene el gran bastón con empuñadura de oro, signo distintivo de su cargo.

Una vez que se ha inclinado delante de las dos sultanas, éstas la levantan besándola; en las grandes casas, las antiguas *kalfas* están consideradas como miembros de todo derecho de la familia... o casi. Por nada del mundo faltarían al protocolo, ya que son ellas sus más feroces

* *Baba*: papá.

defensoras, aunque, con todo, consideran los miramientos que les prodigan las princesas como un justo tributo a su abnegación.

Mientras las sultanas, ayudadas por dos jóvenes esclavas, se quitan sus incómodos ropajes, la vieja kalfa tiembla de júbilo:

—Alá sea loado, mis leonas están cada día más deslumbrantes.

Con ojos de aprobación, mira minuciosamente a su dulce Fátima, vestida de tafetán color marfil, que realza sus espléndidos ojos negros; y a su chispeante Fehimé, cuya fina cintura emerge de un vestido con cola sembrado de mariposas, procedente de la casa Adler Muller, el mejor modisto de Viena, ya que las maravillas de París no llegan, ay, desde que en agosto de 1914 se tuvo la mala idea de declarar la guerra a Francia.

Las dos hermanas se toman del brazo y suben riendo la escalera. De repente, un pequeño huracán azul se precipita sobre ellas, está a punto de derribarlas y, deteniéndose en seco, cubre sus manos de besos.

—*Djidim*,* ¡me haréis morir! —exclama enternecida Fehimé estrechando a Selma entre sus brazos.

Sin embargo, la kalfa refunfuña escandalizada.

Un muchachito gordo y pálido sigue al huracán. Algo pomposo, se inclina ante sus tías. Es Hairi, el hermano de Selma. Dos años mayor que ella, no por eso deja de ser su esclavo devoto; aunque reprobaba sus audacias, no se atreve a replicarle.

En lo alto de la escalera, se ha adelantado Hatidjé sultana. Más alta que sus hermanas, camina deslizándose, sensual y majestuosa. Ella se impone a los más recalcitrantes, y, cuando en la familia se dice «la Sultana» —pese a que las tres son sultanas—, evidentemente es a ella a quien se refieren.

Delante de su hermana mayor, Fátima se ha quedado inmobilizada sin intentar disimular su admiración. Molesta, Fehimé que, según los criterios en boga, es la más bonita, se apresura a romper el encanto.

—¿Qué sucede, mi querida hermana, para qué nos mandáis buscar con tanta prisa? Tuve que renunciar a una fiesta en casa del embajador de Austria-Hungría, que parecía iba a ser muy divertida.

—Sucede que nuestro tío, el sultán Abd al-Hamid, acaba de morir —dice la sultana con un tono tanto más solemne cuanto todavía no ha decidido qué conducta seguir.

* *Djidim*: querida (empleado con los niños).

Fehimé enarca las cejas.

—¿Y por qué la muerte de ese... tirano tiene que hacerme renunciar a mi baile?

—¡Bravo, tía! ¡Así se habla!

La voz estentórea les ha hecho sobresaltarse. Detrás de ellas acaba de entrar un hombre corpulento de alrededor de treinta y cinco años, el príncipe Nihat, hijo mayor del difunto príncipe Salaheddín. Viene acompañado por su joven hermano, el príncipe Fuad, muy apuesto con su uniforme de general, que nunca abandona. El «general príncipe» —como le gusta que lo llamen, pues otorga mayor importancia a su título de general ganado en el campo de batalla que al de príncipe—, ha vuelto hace unos meses del frente oriental donde lo hirieron gravemente. Pasa una alegre convalecencia en Estambul, aprovechándose sin rubor de su reputación de héroe para cortejar a las damas.

Tras inclinarse ante las sultanas, los dos hombres las siguen hasta el salón verde en donde jóvenes kalfas han terminado de encender las ciento treinta y siete lámparas de aceite de una araña de cristal.

De puntillas, Hairi y Selma se cuelan tras ellos.

Sonriente, Hatidjé espera que cada cual se instale. Sabe que la partida será difícil de ganar. Eso es lo que le gusta.

—Esta noche he querido reunir al consejo de familia para que decidamos juntos si debemos o no asistir a las ceremonias que tendrán lugar mañana en honor del sultán Abd al-Hamid.

»Según la tradición, los príncipes deben seguir el cortejo fúnebre que cruzará la ciudad. En cuanto a las princesas, deben hacer una visita de pésame a las esposas y a las hijas del difunto. Os pido —su voz se hizo grave—, os pido que no toméis en cuenta vuestros sentimientos personales sino la imagen que daremos al pueblo.

Fehimé es la primera en romper el silencio:

—¡Todo esto parece un drama corneliano!* —exclama—, pero lo que es yo, en todo caso, no iré. Nuestro querido tío nos arruinó veinticinco años de vida, pero no me arruinará ni un día más.

—Por el contrario ¿no es ésta la oportunidad de perdonar? —aventuró tímidamente Fátima—. El pobre lo expió de sobra, destronado a su vez y mantenido prisionero desde hace diez años. ¿No podríamos finalmente olvidar?

* Desde el siglo XVIII, la corte otomana ha estado modelada por la cultura francesa.

—¡Olvidar!

En su sillón, el príncipe Nihat se ha puesto encarnado y por un momento Selma teme que se ahogue. Con ojos desorbitados mira a su joven tía.

—¿Y la fidelidad qué? ¿La fidelidad al sultán Murad, mi abuelo, calumniado y enterrado vivo? ¿La fidelidad a mi padre, víctima de la neurastenia? Ir a ese entierro sería justificar a nuestro perseguidor. Abstengámonos de ir y testimoniemos así el daño irreparable causado a nuestra familia. Eso es lo que nuestros muertos esperan de nosotros.

—Hermano, os lo ruego, dejemos de hacer hablar a los muertos...

Todas las miradas se vuelven hacia el príncipe Fuad, que saborea su cigarro.

—Como soy el más joven, os pido que me excuséis si parezco daros un consejo. Pero los años pasados en el frente con mis soldados, gentes sencillas de Anatolia, de Izmir,* del mar Negro, me enseñaron una cosa: pese a nuestros defectos, el pueblo nos venera. No comprendería que estuviéramos desunidos. Que Abd al-Hamid haya reemplazado a Murad y que éste haya sido reemplazado por su hermano Reshat, son para ellos incidentes sin importancia. Lo esencial es que nuestra familia ha formado siempre como un solo bloque alrededor del soberano. En medio de la tormenta de esta guerra, en especial, el pueblo necesita un punto de referencia sólido. Desde hace seis siglos esta referencia es la familia otomana. Es preciso que siga siéndolo o podríamos lamentarlo amargamente...

En aquel momento, aparece un eunuco anunciando la llegada de un mensajero del sultán.

Se trata de un sudanés de espaldas impresionantes y, pese a ser un esclavo, todos se levantan. No por respeto hacia su persona —que a sus ojos no existe— sino para expresar la deferencia a la palabra de la que es portador.

—Su Majestad Imperial, el sultán Reshat, Comendador de los Creyentes, Sombra de Dios sobre la tierra, Maestro de los dos mares, el Negro y el Blanco, y Emperador de los dos continentes, envía a Sus Altezas Imperiales el siguiente mensaje: con ocasión del fallecimiento de nuestro muy amado hermano, Su Majestad Imperial el sultán Abd al-Hamid II, invitamos a los príncipes y princesas de la casa de Su Majestad Imperial, el sultán Murad V, a unirse a su luto, en los luga-

* Esmirna.

res y de la manera previstos por la tradición. ¡Que la paz sea con vosotros y que Alá todopoderoso y benevolente os proteja!

Ellos se inclinan. Que nadie se equivoque: no se trata de una invitación, es una orden.

Apenas parte el mensajero, el príncipe Nihat masculla encogiéndose de hombros:

—Pase lo que pase, no iré.

—Nihat —interviene Hatidjé sultana con tono de reproche—, creo que Fuad tiene razón; la situación es grave. Debemos mantener la unidad de la familia por encima de todo.

—¡La unidad de la familia! ¡Ah!, hablemos de ella, querida tía. Una familia que desde hace seis siglos no ha dejado de matarse entre sí por el poder. ¿Cuántos hermanos hizo asesinar nuestro antepasado Murad III, el «vencedor de los persas»? Diecinueve, si no me equivoco. Su padre fue más modesto: sólo mató a cinco.

—Se trataba de una razón de Estado —cortó la sultana—. En todas las familias reinantes han sucedido esos dramas. Simplemente en Europa había menos hermanos... Yo, por si queréis saberlo, ya no le tengo rencor al sultán Abd al-Hamid. En circunstancias difíciles, en las que Francia, Inglaterra y Rusia querían repartirse nuestros territorios, era absolutamente necesario un hombre como él para gobernar. Durante treinta y tres años supo salvaguardar el Imperio de las potencias que querían despedazarlo. Mi padre, demasiado honrado, demasiado sensible, tal vez no habría sabido hacerlo. Y, después de todo, ¿el país no está antes que nuestro bienestar personal?

Fehimé sultana y el príncipe Fuad han intercambiado un guiño divertido. La hermana mayor ha sido siempre una mujer fiel a su deber... Pero ¿quién se preocupa hoy de esos grandes principios? Fehimé quiere ante todo divertirse y lo hace con un frenesí exacerbado por el sentimiento de haber perdido en cautividad sus mejores años. Es tan alegre, tan liviana, que la llaman «la sultana Mariposa», esas mariposas de las que ha hecho su símbolo y con las que adorna todos sus vestidos. Es una artista. Pianista consumada, incluso llega a componer. Pero no hay nada que odie más que los asuntos serios y las responsabilidades.

Su sobrino, el príncipe Fuad, se le parece: tiene la misma sed de vivir, pero, además, posee un agudo sentido de la realidad. Muy consciente de sus intereses, sabe ceder un poco para obtener mucho. Sale de situaciones difíciles con su encanto. En aquel momento no resiste las ganas de fustigar a Hatidjé sultana.

—Si entiendo bien, *efendimiz*,* no sólo debemos asistir a las ceremonias sino también poner buena cara. ¿Tal vez deberíamos incluso derramar alguna lágrima?

—Contentaos con asistir. Pero recordad esto, Fuad, y vos también, Nihat: si un día accedéis al trono, tomad ejemplo del sultán Abd al-Hamid y no de vuestro abuelo Murad. No se puede tener un hijo y al mismo tiempo conservar la virginidad.

La sultana estalla de risa frente a las caras estupefactas —nunca se acostumbrarán a su lenguaje subido de tono—, y se levanta poniendo fin a la reunión.

2

A la mañana siguiente, apenas despierta, Hatidjé sultana siente ganas de ir al bazar a comprar una cinta. Habitualmente son los mercaderes griegos o armenios los que vienen al palacio a proponer sus baratijas; no es adecuado que una princesa frecuente esos sitios populares, pese a estar protegida de la mirada de los curiosos dentro de su calea.

Pero hoy no quiere esperar.

Ha mandado a buscar a Zeynel, su eunuco preferido. Es un albanés alto y de tez blanquísima. Debe de tener cerca de cuarenta años y la sultana observa divertida que su aumento de volumen le da la dignidad de un bajá.

Aún recuerda al adolescente amedrentado que llegó hace veinticinco años al palacio de Cheragán donde ella vivía prisionera con su padre y sus hermanas. Le había sido enviado por el jefe de los eunucos del sultán de Abd al-Hamid, que así había encontrado la manera de deshacerse de él. Pues si el joven estaba particularmente dotado —en la escuela de palacio en la que se educaban los niños destinados al servicio de la corte imperial se distinguía por su inteligencia y perspicacia—, después se había mostrado totalmente rebelde respecto de la estricta disciplina del harén.

* *Efendimiz*: Su Señoría. Tratamiento empleado con los miembros de la familia imperial.

Sin embargo, en Cheragán, Zeynel se había apaciguado rápidamente. Entre aquellos cautivos ¿se sentía más libre? Hatidjé recuerda que la seguía por doquier, atento al menor de sus gestos, mientras ignoraba a sus hermanas, las princesas Fehimé y Fátima. Era a ella a quien había escogido servir.

Conmovida por su abnegación, ella se había ido apoyando insensiblemente en él: le gustaba su finura y sobre todo su discreción, que lo diferenciaba de los demás eunucos, tan parlanchines como viejas.

Ahora, en el palacio de Ortakoy, ella lo ha convertido en sus ojos y en sus oídos. Constantemente lo envía a la ciudad a recoger los rumores y las conversaciones de los cafés. Él trae las críticas y los deseos del pueblo llano de Estambul, cansado de aquella guerra que se eterniza y de las dificultades de la vida cotidiana.

Así, pese a estar encerrada en el recinto del haremlik, Hatidjé sultana está más al tanto del estado de ánimo del pueblo que la mayoría de los miembros de la familia imperial; a menudo éstos vienen a consultarla reconociendo su agudeza y lo atinado de sus consejos.

Hace poco, para recompensar la lealtad sin fisuras de Zeynel, lo ha promovido al prestigioso cargo de «jefe de eunucos», lo que ha suscitado muchos comentarios amargos entre los eunucos de más edad.

Pensativa, observa al esclavo que, con los ojos bajos, espera pacientemente sus órdenes. ¿Qué sabe de él salvo sus cualidades de servidor excepcional? ¿Cuál podría ser su vida fuera del palacio? ¿Se siente feliz? No tiene la menor idea, y después de todo considera que eso no le concierne.

—Agha —dice tras un largo silencio—, quiero que me busques un coche de alquiler. Lo más rápido posible.

El eunuco se inclina, disimulando su asombro. Las dos calesas y los tres faetones que constituyen el parque del palacio están en perfecto estado. Por supuesto, todos los coches llevan las armas imperiales... ¿Será posible que su ama desee salir de incógnito justamente cuando su esposo, Hairi Bey, se halla de viaje? Zeynel está acostumbrado a las fantasías de las mujeres, las ha frecuentado lo suficiente en el harén imperial donde sirvió hasta que tuvo catorce años. ¡Pero su sultana es diferente! Y odiándose por haber dudado de ella, aunque no fuera más que un instante, se apresura a ir en busca del coche.

Ayudada por una kalfa, Hatidjé se viste con un charchaf oscuro pero, en el momento en que se apresta a salir, se topa con Selma, que la espera delante de la puerta.

—Annedjim —suplica la niña—, os lo ruego, llevadme con vos.

—¡Cómo, princesa! ¿Y vuestro piano? Creía que estabais haciendo vuestras escalas.

—¡Las haré a la vuelta, os lo prometo!

Hay tal desamparo en los ojos de la niña que su madre no tiene corazón para negarse. Ella sufrió tanto durante su vida de reclusa que desea dar a su hija toda la libertad posible, dentro de las conveniencias. Y a veces más allá, dicen las malas lenguas.

El faetón de ventanillas enrejadas con una fina celosía de madera sale del patio al trote corto, con Zeynel sentado en el pescante junto al cochero. Es un hermoso día de invierno, estimulante y soleado; nubes de palomas giran alrededor de las mezquitas y los palacios bañados por el Bósforo.

—Estambul, mi esplendorosa Estambul —murmura la sultana con los ojos semicerrados como una enamorada que, tras una larga separación de su amada, no se cansa de contemplarla.

A su lado, Selma, boquiabierta, se promete que cuando sea mayor saldrá al menos una vez a la semana, aunque provoque murmuraciones.

Por el puente de Galata atraviesan el Cuerno de Oro, estrecho brazo de mar entre ambas riberas de la capital. El bazar se encuentra en la ciudad vieja, no lejos del majestuoso palacio de Topkapi, abandonado por la familia imperial hace sesenta años cuando el sultán Abd al-Mayid hizo construir, para gloria de su nombre, el aireado palacio de Dolma Bahtché. Las sultanas y los príncipes encerrados detrás de los húmedos muros del serrallo, no seguirán muriendo de tisis.

En las calles reina una agitación poco habitual. Al cabo de unos metros, el coche debe detenerse. El largo rostro de Zeynel aparece por la portezuela.

—Alteza, no podemos seguir avanzando: por aquí debe pasar el cortejo fúnebre.

La sultana esboza una sonrisa tranquila.

—¿De veras? Lo había olvidado. Pues bien, esperaremos a que pase...

Selma dirige una mirada a su madre; es justamente lo que pensaba: la cinta era sólo un pretexto. Annedjim no concede nunca tanta importancia a su atuendo. Lo que quería era ver el entierro y, como la costumbre prohíbe a las mujeres asistir, había buscado aquella estratagema.

Para gran asombro de la sultana, se ha formado una apretada multitud. «Bah —se dice— la gente tiene tan pocas distracciones en estos tiempos de guerra que cualquier cosa la saca de sus casas.»

De repente se hace el silencio; la procesión ha aparecido en lo alto de la avenida.

Precedido por una banda militar vestida con estambulinas negras, el féretro avanza lentamente, llevado a hombros por diez soldados. Los príncipes lo siguen a pie; los mayores primero, con el pecho constelado de condecoraciones de diamantes. Detrás vienen los *damad*, maridos de las princesas; luego los bajás con el uniforme de gala, y los visires, con levitas bordadas de oro. Finalmente, igual que los ministros en aquellas ceremonias oficiales, el *Kislar Agha*, guardián de las puertas de la bienaventuranza, jefe de los eunucos negros de palacio.

Por ambos lados del cortejo, a lo largo de los tres kilómetros que separan la mezquita de Santa Sofía del mausoleo donde debe ser enterrado el sultán, soldados con uniforme de gala están en posición de firmes. Sin duda alguna, el gobierno de la Joven Turquía, que diez años antes destituyó a Abd al-Hamid y bajo la égida del sultán Reshat preside los destinos del Imperio, ha querido que el entierro sea grandioso. Con los muertos se puede permitir el lujo de ser magnánimo.

Magnánimo... El hombre a quien hoy se rinden honores no fue muy magnánimo. Las lágrimas empañan los ojos de la sultana. De repente vuelve a verse, catorce años atrás, en aquella noche glacial en la que su padre, el sultán Murad, por la celosa orden del sultán Abd al-Hamid, fue enterrado a la carrera. Sólo algunos fieles servidores lo habían acompañado. El pueblo que lo había amado no fue autorizado a manifestar su pena.

Hatidjé tiembla. La pompa que rodea el entierro del verdugo reaviva su odio. Si Hamid hubiera sido humillado, tal vez lo habría perdonado: su larga detención lo había rehabilitado en parte ante sus ojos. Pero esta ceremonia fastuosa vuelve a glorificarlo, con una gloria robada a su hermano. Incluso en la muerte, Hamid aplasta a Murad. Tras diez años de oscura cautividad, este entierro lo rehabilita.

Un gusto amargo llena la boca de la sultana. Celosa... ¿estaría celosa de un muerto? Ahora entiende el deseo que la empujó a desafiar las costumbres para asistir a aquellos funerales. Había querido creer en la mera curiosidad: pero se trata de la venganza. Vino a constatar, a oler, a saborear la muerte del hombre que durante veintiocho años, día tras día, mató a su padre.

Nunca se había imaginado que su corazón abrigara todavía tanto odio...

La procesión ha llegado a la altura del coche. Con la vista, Hatidjé busca a sus sobrinos: Nihat no ha venido, pero el joven Fuad, enfundado en su hermoso uniforme, representa dignamente a la familia. Ha seguido su consejo. Aunque ella, que siempre sabe lo que conviene hacer, ya no está segura de haber tenido razón.

De repente, resuenan gritos en la multitud. Desde la penumbra de su coche, la sultana reprime una sonrisa. Ésa es la razón de que sean tan numerosos: el pueblo se preocupa poco de las conveniencias que prohíben ensañarse con un muerto. ¡Ha venido a saludar al tirano como se merece!

Con tiento, aguza el oído y en medio del sordo rumor de las voces, le parece distinguir quejas y sollozos. Es imposible, debe equivocarse. Sin embargo... Inmóvil en su asiento, Hatidjé se ha puesto lívida: lo que había tomado por gritos de odio son gritos de desesperación. La indignación la ahoga. ¡Cómo es posible! Ese pueblo, que declaraba públicamente su desprecio por el tirano, ¡hoy lo llora! ¿Ha olvidado entonces los sombríos años en los que la policía y los servicios secretos reinaban todopoderosos? ¿También ha olvidado los aplausos que prodigaron al golpe de Estado de la Joven Turquía que sustituyó al sultán Hamid por su hermano Reshat? Hatidjé sacude la cabeza con desprecio: «Los hombres tienen en realidad poca memoria...».

Desde una ventana, una mujer gime:

—Padre, ¿por qué nos has abandonado? En tu tiempo teníamos pan, ¡ahora morimos de hambre!

Otras voces la acompañan:

—¿Adónde vas? No nos dejes solos.

«¿Solos?» ¡La sultana tiembla! ¿Qué quieren decir esas gentes? ¿No tienen un soberano, el buen sultán Reshat? ¿Habrían perdido la confianza en él? ¿Han adivinado lo que todos saben en la corte: que el sultán no es más que un títere en manos de los tres verdaderos amos del país, Envar, Talat y Djemal?

Éstos ni siquiera habían consultado al soberano cuando, cuatro años antes, en 1914, embarcaron a Turquía en la guerra al lado de Alemania. Desde entonces, se acumulan los errores, y las derrotas suceden, derrotas que intentan esconder. Pero todos los días centenares de heridos afluyen desde el frente y las colas se alargan delante de las panaderías, mientras los mendigos comienzan a invadir las calles.

La sultana suspira. Con el sultán Abd al-Hamid desaparece el último símbolo de una Turquía fuerte y respetada. Es seguramente eso lo que llora el pueblo. La nostalgia lo ha sobrecogido. La princesa ya no se siente con ánimo de mantener la ficción de una visita al bazar.

—Volvamos —dice a Zeynel.

El eunuco la mira con tristeza. Comprende la confusión de su sultana. Sabe cuánto necesitaría una palabra de consuelo. Pero su posición sólo le permite callarse. Se inclina y con voz parca transmite la orden al cochero. Lentamente, el coche vuelve a tomar el camino de palacio.

El sol baja sobre el Bósforo. A través de las altas ventanas acristaladas, Hatidjé contempla el río y, en la ribera opuesta, en el continente asiático, el palacio de Beylerbé. No puede dejar de sonreír ante esta ironía del destino: es allí, justo frente a su mansión, donde su antiguo carcelero, prisionero también él, vivió los últimos años de su vida.

Las malas lenguas pretenden que había elegido vivir cerca del sultán destronado para poder contemplarlo a su gusto. Es falso: ella vivía desde antes en ese palacio de Ortakoy. Se había vengado, claro está, pero de otra manera...

Le avisan que el caique está dispuesto: es hora de ir a dar el pésame a las parientas del difunto. Es la primera vez después de largos años que, dejando de lado las ceremonias oficiales en las que fingían no reconocerse, ambas familias van a encontrarse.

Seguida por sus dos hermanas y su hija, Hatidjé sultana atraviesa el parque para dirigirse hacia el embarcadero de piedras musgosas. Las cuatro van vestidas de blanco, color de luto; el negro, considerado de mal agüero, está prohibido en la corte otomana.

Ayudadas por los eunucos, suben a la fina embarcación, saludadas por los diez remeros vestidos —como en tiempos de Sulaymán el Magnífico— con amplias camisas de batista y pantalones escarlata. Diez remeros es el número autorizado a los príncipes y princesas. Los visires sólo pueden tener ocho. El sultán, en cambio, utiliza habitualmente un caique de catorce remeros.

Mientras la embarcación corta las aguas, las sultanas se han levantado el velo para gozar de la brisa; nadie está allí para mirarlas; so pena de despido, los remeros deben mantener la cabeza baja. En otros tiempos, habrían sido castigados con la muerte.

Instalada en la popa, Selma contempla el movimiento de los peces que parecen seguir la barca: le gusta esa costumbre de hacer flotar

detrás de la embarcación largas tiras de muselina azul bordadas con carpas o truchas de plata para imitar la realidad.

Algo aturcidas por el aire del mar, las princesas llegan al palacio de Beylerbé. Los eunucos las escoltan al gran vestíbulo con techos decorados con motivos geométricos verdes y rojos, los muros cubiertos de espejos de Damasco incrustados de nácar. Beylerbé fue construido el siglo pasado por el sultán Abd al-Aziz que, para prescindir de las modas llegadas de Europa, lo quiso de un fasto completamente oriental. Incluso se cuenta que cuando Eugenia de Montijo, de la que estaba muy enamorado, se hospedó allí antes de asistir a la inauguración del canal de Suez, el sultán había ordenado que el mosquitero de la cama de la emperatriz fuera bordado con miles de perlas finas.

Precedidas por la gran maestra de ceremonias, las princesas entran en una habitación tapizada de terciopelo escarlata. Es el salón de la *Sultana Valida*, título dado a las madres de los sultanes. Como la madre de Abd al-Hamid ha muerto, es la última esposa del soberano, Musfika *cadina*, la que impera en su lugar, derecha y frágil en el sillón macizo de madera dorada. Hasta el último momento permaneció al lado del real cautivo. Ese día de luto es su día de gloria: finalmente recibe el justo tributo a su abnegación.

Alrededor de ella, sentadas sobre cojines y taburetes de brocado, mujeres de todas las edades se lamentan evocando las bondades y los meritorios actos del difunto. Algunas lloran ruidosamente, interrumpiéndose en todo caso para observar la llegada de nuevas visitantes.

Cuando hacen su aparición las tres sultanas, un murmullo de asombro recorre la asistencia. La *cadina* sonríe; demasiado inteligente para no adivinar el motivo político de aquella visita, no deja de apreciar la grandeza del gesto. Solícitamente, se levanta para recibir-las, pues incluso aquel día, encumbrada a la cima de los honores, se cuida mucho de olvidar el respeto debido a las princesas de sangre. Después de todo, ella sólo es, como todas las esposas del sultán, una mujer del harén distinguida por el amo todopoderoso.

Selma besa la mano de las damas de alcurnia que rodean a la *cadina* haciendo pequeñas reverencias. Está a punto de saludar a una persona muy fea sentada a la derecha de ésta cuando, ante el brillo de odio de los ojos que la miran, se detiene en seco. ¿Qué ha hecho mal?

Desconcertada, mira a su madre, que la empuja enérgicamente hacia delante.

—Selma, saludad a vuestra tía, Naimé sultana, hija de Su difunta Majestad el sultán Abd al-Hamid.

Pero para gran escándalo de las damas, la niña retrocede sacudiendo sus bucles pelirrojos. Apartándola bruscamente, Hatidjé sultana se inclina ante la princesa.

—Perdonad a la niña, la pena de haber perdido a su tío le ha hecho subir la fiebre...

Con un gesto de desdén, Naimé sultana vuelve la cabeza como si no pudiera soportar la vista de quien le habla. Entonces, Hatidjé se endereza en toda su estatura y, lanzando una mirada burlona a la asamblea, se sienta a la izquierda de la cadina que la ha llamado a su lado. Triunfa. La grosería de su prima constituye un homenaje. Ahí, nadie se equivoca: así que, después de catorce años, la herida sigue abierta...

Mientras escucha apenas a la viuda, que por enésima vez relata las circunstancias de la muerte de Su Majestad, Hatidjé recuerda...

Kemaleddín Bajá, el galante marido de Naimé, era ciertamente hermoso... Las dos primas se habían casado el mismo año... ¡hacía ya diecisiete! Pero mientras que para Naimé, su hija preferida, nacida el día de su coronación, el sultán Abd al-Hamid había escogido un brillante oficial, a Hatidjé le había impuesto un oscuro funcionario, tan feo como limitado.

El matrimonio era el único medio de salir del palacio-prisión en el que Hatidjé se encontraba confinada desde su infancia. A los treinta y un años estaba desesperada de la vida y dispuesta a todo para ser libre. Pero no había previsto una elección tan degradante. Durante semanas, obstinadamente, había cerrado las puertas de su habitación a su esposo, que fue a quejarse al soberano. Finalmente, cansada de luchar, Hatidjé había cedido.

Tiembla al recordar la primera noche... Aún conserva el asco pegado a la piel...

El palacio que el sultán le había regalado —como a toda princesa recién casada— era contiguo al de su prima Naimé. Hatidjé tomó la costumbre de visitar a la joven; le daba consejos de hermana mayor y le hacía llegar, con Zeynel, pequeños regalos. Rápidamente se hicieron amigas. Naimé estaba perdidamente enamorada de su gallardo marido. ¿Qué mejor venganza podía imaginar Hatidjé que robárselo? ¿Qué medio más seguro de herir a su verdugo, el verdugo de un padre a quien ella adoraba, que empujar a la hija del soberano a la desesperación?

Fría, pacientemente, con la conciencia de cumplir un deber de justicia, Hatidjé se fijó el objetivo de seducir a Kemaleddín. Esto fue

tanto más fácil cuanto que la imprudente Naimé había insistido, contrariamente a las costumbres, en que su esposo y su mejor amiga se encontrasen. Hatidjé era bella y el bajá se enamoró. Le declaró su amor en cartas apasionadas, que ella conservó celosamente.

Durante aquel tiempo, Naimé, mortificada por la indiferencia de Kemaleddín, se negaba a alimentarse y comenzaba a languidecer. El sultán no entendía de qué estaba enferma su hija y se desesperaba. Hatidjé, que acogía las confidencias de la desdichada, terminó por considerar que el juego había durado demasiado: Kemaleddín preisionaba y Vassif, su marido, dándose el lujo de los celos, la abrumaba de reproches. Hizo un paquete con las cartas de Kemaleddín, llamó a Zeydel y le ordenó llevárselas al sultán como si se las hubiera encontrado por casualidad. Así obtuvo su venganza. Y su libertad: un escándalo como ése no podía dejar de acarrear el divorcio.

Aún hoy, catorce años después, Hatidjé se asombra de su ingenuidad. ¿Cómo pudo creer que se podía manejar a Abd al-Hamid?

De nuevo ve el día en que el sultán la convocó a palacio. En sus manos tenía las cartas del bajá. En sus ojillos negros podía leer la furia pero, sobre todo, una ironía que la impresionó mucho más. Toda la corte esperaba el veredicto. Kemaleddín Bajá había sido exiliado a Bursa, la antigua capital, a unos cien kilómetros de Estambul. ¿Qué le iba a suceder a la joven? ¿Sería también desterrada? Era conocer mal al sultán Abd al-Hamid. No le hizo ningún reproche, se contentó con sonreír y... la envió de vuelta junto a su marido.

Hatidjé sólo se libraría de su marido con la revolución de 1908 que, al destronar a Abd al-Hamid, llevaría al trono al benévolo sultán Reshat. Como no podía negarle nada a su sobrina, permitió que se divorciara.

Para coronar una historia tan romántica, sólo faltaba la boda de Kemaleddín y la princesa. Una vez liberado, el bajá, más enamorado que nunca, había corrido a Estambul. Allí fue recibido fríamente por la sultana, que le declaró que nunca lo había amado.

Un año después, durante un paseo a las «Aguas dulces de Asia»,* Hatidjé conoció a un apuesto diplomático. Se enamoró y decidió casarse con él.

Era Hairi Rauf Bey, el padre de Selma y del pequeño Hairi.

* Pequeño río de los alrededores de Estambul.

La noche envuelve el palacio de Beylerbé. Una fría humedad sube del Bósforo y las sombras invaden el salón de la Sultana Valida. Instintivamente las mujeres se han puesto a susurrar.

De puntillas, las esclavas se abren paso para encender las velas de los candelabros de cristal verde que, colocados en los cuatro rincones de la habitación, hacen pensar en grandes árboles frondosos.

Lentamente, la sultana emerge de su sueño. Es hora de volver. Con una mirada indica a sus hermanas que la visita ya ha durado bastante. La cadina se levanta solícita, insiste en acompañarlas hasta la puerta del salón.

Naimé sultana ni siquiera las mira salir.

Selma no comprenderá nunca por qué, en el viaje de vuelta, mientras espera ser reconvenida por no haber saludado a su tía, su madre la estrecha repentinamente en sus brazos y la besa.

3

Un sonido melodioso, suave e insistente, termina por sacar a Selma de su sueño. Abre los ojos y sonríe a la adolescente que, sentada a los pies de la cama, tañe con una pluma su *udh*.^{*} Es una costumbre oriental el evitar todo despertar brusco, pues durante la noche, se dice que el alma deambula por otros mundos y debe dársele tiempo de volver poco a poco al cuerpo.

A Selma le gusta despertar con música; el sonido de aquel laúd le parece una promesa de felicidad para el día que comienza.

Aquel día, se siente especialmente contenta: es el Bairam, la gran fiesta del islam que conmemora el sacrificio de Abraham ofreciendo su hijo a Dios. Para la ocasión, todos deben estrenar ropa y hay intercambio de regalos. La ciudad resuena con los ruidos domésticos, los gritos de los charlatanes y los vendedores de golosinas, mientras en todas las esquinas la gente se amontona alrededor de los titiriteros y de los teatros de sombras chinescas.

^{*} *Udh*: laúd oriental.

Las festividades serán especialmente suntuosas en el palacio de Dolma Bahtché donde, durante tres días, el sultán va a recibir a los altos dignatarios así como a toda su familia.

Selma salta de la cama rechazando el vaso de leche matinal, prescrito para que tenga una bonita tez, y se dirige al pequeño *hammam** en el que dos esclavas le preparan un baño de rosas, refinamiento reservado sólo para las grandes ocasiones, pues la sultana teme desarrollar en su hija una coquetería precoz.

El agua tibia chorrea de las grandes jarras de plata sobre la piel clara de la niña. Después de haberla secado esmeradamente con una muselina blanca, las esclavas esparcen por su cuerpo y sobre la cabellera una lluvia de pétalos de rosa, y le dan un largo masaje. Selma se abandona a sus manos suaves, huele el delicioso perfume y se convence de que se está volviendo flor.

Media hora más tarde, con su nuevo vestido de encaje inglés, corre a los apartamentos de su madre. Cuando entra, su padre, Hairi Rauf Bey, ya se encuentra allí. Ha vuelto la víspera de un viaje por sus tierras, especialmente para la ceremonia en el palacio de Dolma Bahtché. Saluda a su hija con una sonrisa y le acaricia levemente los cabellos, pues es considerado de mal gusto que los padres besen a sus hijos. Roja de placer, Selma lo mira con ansias: ¡qué altiva figura tiene con su levita gris perla y su fez escarlata! Pero ¿qué hace para conservar sus bigotes tan obstinadamente dirigidos al cielo?

Muy delgado, de estatura mediana, Hairi Bey exhibe el aire de distinción y de tedio común en los hombres de la buena sociedad. Indolente, acostumbrado a los éxitos femeninos y totalmente desprovisto de ambición personal, se vio arrastrado al matrimonio con una sultana sin haberlo buscado. Como está lejos de ser tonto, los halagos que obtiene con su título de *damad* le abruma, pero le cuesta demasiado realizar el esfuerzo de labrarse una posición por sí mismo. Antes había sido un joven confiado y soñador; ahora es un hombre cansado de todo. Ni sus hijos le interesan mucho. A lo más, le divierten, sobre todo Selma, que ya juega un poco a la coqueta. En cuanto a su esposa...

Ésta acaba de entrar en el tocador. Hairi Bey se levanta y le besa la mano, dirigiéndole los cumplidos al uso. Le alargaba un cofrecito de terciopelo. Para el Bairam, así como para el cumpleaños del sultán,

* *Hammam*: sala de baños.

todo marido debe hacer un regalo a su mujer. Faltar a esta costumbre está considerado como una señal inminente de divorcio. El damad suspira para sus adentros: ¡afortunadamente su secretario piensa en todo! En el cofrecito hay un suntuoso collar de zafiros, de un azul profundo.

—¡Tienen unas aguas soberbias! —murmura la princesa.

Él se inclina galantemente.

—Nada es demasiado hermoso para vos, sultana.

Su secretario ha hecho bien las cosas. Pero no sabe cómo diantres, en aquellos tiempos de guerra, con las restricciones de la lista civil,* podrá pagar la joya. ¡Bah!, el armenio que provee a la familia desde hace tanto tiempo le dará crédito. De todos modos, no va a empezar a ser avaro a su edad.

De su bolsillo ha sacado otro cofrecito, más pequeño y escogido por él mismo, que pone en manos de Selma. Es un broche, un delicado trabajo de orfebrería que representa un pavo real con las plumas consteladas de esmeraldas. Esperaba algún agradecimiento, pero la alegría desbordante de la niña lo intriga: tan joven y ya aprecia de esa forma las joyas, ¿o quiere imitar a su madre?

Como en el fondo el asunto le preocupa poco, no advierte que, más que al broche, lo mira a él, con ojos brillantes de emoción: es la primera vez que su padre le hace un regalo de mujer.

Sin embargo, la sultana se inquieta:

—Amigo mío, llegaréis tarde al *selamlík*.**

Hairi Bey la interrumpe con un gesto:

—¡Me da lo mismo! Esas formalidades me enferman. Y tampoco sé si voy a ir.

Empero sabe perfectamente que irá y ella también lo sabe. Pero no puede dejar de provocar a su esposa. Con los años, soporta cada vez peor su papel de príncipe consorte. Y ni hablar de divorcio. No se divorcia uno de una sultana. Sólo ella tiene ese derecho, si el soberano está de acuerdo.

De todos modos, Hairi Bey no tiene nada que reprocharle. Es perfecta, pero tan princesa... Aburrida hasta más no poder, piensa, sin confesarse que se siente aplastado por una personalidad más fuerte

* Cantidad concedida a los miembros de la familia imperial para sus necesidades personales.

** *Selamlík*: oración del viernes en la mezquita de Santa Sofía, en la que todos los asistentes deben haber ocupado sus sitios antes de la llegada del sultán.

que la suya, una personalidad que le da la impresión de haberlo convertido a él en una sombra.

Largo rato después de la partida de su padre, Selma se pregunta aún por qué estaba tan triste. Sentada en una banqueta, balancea los pies en el vacío esperando a su madre y se reprocha el hecho de no haber intentado consolarlo. Pero ¿qué habría podido decirle? Lo más probable es que se hubiera burlado de ella.

Finalmente, la sultana está lista. Lleva un vestido recamado de perlas finas cuya cola está adornada con martas cebellinas. Sus cabellos negros, arreglados con tirabuzones, están salpicados de piedras preciosas. En el pecho brilla la estrella de diamantes de la «Orden de la Compasión», concedida a muy pocas damas, y el pesado collar de oro y esmalte con las armas del Imperio, sólo reservado a los príncipes y princesas.

Los bucles pelirrojos de Selma se agitan de júbilo: ¡Como siempre, su madre será la más hermosa!

Ayudadas por las kalfas, suben al faetón de gala, conducido por un cochero vestido con un dolmán azul oscuro galoneado de plata. El látigo restalla y lentamente el coche se pone en movimiento para recorrer los dos kilómetros que lo separan del palacio imperial.

El palacio de Dolma Bahtché, todo de mármol blanco, se extiende indolentemente a orillas del Bósforo. En un opulento desorden se hallan reunidos los estilos de todas las épocas y de todos los países. Columnas griegas, ojivas moriscas, arcos góticos o románicos, y por doquier el rococó inundando las fachadas con ramilletes y guirnaldas, rosetones y medallones delicadamente cincelados con arabescos dorados. Los puristas encuentran muy feo lo que suelen llamar «la tarta de la novia». Pero la profusión, la generosidad, la elegancia antojadiza, la inocente ignorancia de las reglas del buen hacer arquitectónico lo hacen atractivo, como un niño que se hubiera puesto todos los absurdos adornos encontrados en el armario de su madre para parecer más hermoso. Eso sólo lo comprenden los poetas, y el pueblo turco es muy poeta.

Al entrar en el palacio, Selma se detiene, sobrecogida por la avalancha de oro y de cristal. Ya ha ido otras veces pero siempre se queda boquiabierta ante tanta magnificencia. Las arañas y candelabros refulgen con sus miles de lágrimas centelleantes; la escalera de honor es de cristal de Baccarat, así como las enormes chimeneas, cuyas campanas, talladas en diamante, proyectan un juego de luces irisadas que cambian de color con las diferentes horas del día.

A la niña le gusta ese fasto. La convence de que el poder del Imperio es invencible, su riqueza inagotable y todo el mundo hermoso y feliz. Claro que existe la guerra, de la que hablan gravemente los amigos de su padre, y también están esos hombres y esas mujeres de mirada febril que, todos los días, se presentan ante las rejas del palacio para pedir pan. Pero a Selma le parecen habitantes de otro planeta, así como la guerra no es para ella más que una palabra en la ligera boca de las personas mayores.

Siguiendo a la cohorte de eunucos que las ha recibido, un enjambre de jóvenes, todas hermosas —la fealdad está proscrita en palacio—, las rodea para ayudarles a quitarse los velos, mientras una kavedji, vestida con el pantalón bombacho y el pequeño bolero bordado de las circasianas, les sirve un café perfumado con cardamomo para que se repongan de las fatigas del viaje.

Celosamente preservado de las influencias externas, el harén imperial* conserva fielmente las antiguas costumbres, según las cuales, las grandes kalfas vigilan sin piedad la educación de las jóvenes. Siguen llevando los trajes tradicionales y si miran con curiosidad y un aire algo divertido los vestidos «a la franca» de las sultanas de visita, no sienten deseos de imitarlas. ¿No está el palacio por encima de las modas?

La gran maestra de ceremonias aparece, imponente con su larga túnica recamada en oro, símbolo de sus altas funciones. Viene a buscar a las princesas para conducir las ante la sultana Valida, madre del soberano. Toda visita a la corte debe comenzar por la vieja dama, segundo personaje del reino después de su hijo.

En un salón tapizado de seda malva y amueblado con pesados sillones victorianos, reina la sultana. Se dice que ella fue muy bella, pero, con la edad y la vida sedentaria del harén, se ha vuelto enorme. Sólo sus soberbios ojos azules son testigos de su origen circasiano.

Selma y su madre saludan respetuosamente a la antigua esclava.

Como la mayor parte de las mujeres del harén imperial, fue vendida al palacio cuando era niña, porque sus padres, gente modesta, querían darle a su hija las mejores oportunidades de promoción social. En efecto, desde hacía mucho tiempo corría el rumor de la refinada educación que recibían los esclavos en la corte. El destino glo-

* El harén es la parte de la casa en la que residen las mujeres. Puede haber varias esposas y odaliscas, como por ejemplo en el harén imperial.

rioso de algunos que se habían convertido en visires o en primeras esposas había turbado la imaginación del pueblo. Así que ya no era necesario, como a comienzos del Imperio, arrebatárles los hijos a sus desconsoladas familias. Ahora suplicaban que los aceptasen.

La sultana Valida nunca volvió a ver a los suyos. Selma se pregunta si alguna vez los ha echado de menos. En realidad, no ha tenido tiempo de hacerlo.

Cuando llegó al palacio fue puesta a cargo de la gran maestra de las kalfas. Le enseñaron, como a todas sus compañeras, poesía, arpa, canto, danza y, sobre todo, buenas maneras. Y cuando juzgaron que se había convertido en una joven cabal, se la hizo entrar al servicio del soberano.

A la vieja dama le gusta evocar el día en que el sultán se fijó en ella y se convirtió en *gueuzdé*, la que ha captado la mirada del amo. Tuvo derecho a una habitación individual y a nuevos vestidos de seda. Felizmente, el soberano no se había cansado y la volvió a pedir a menudo: accedió así al codiciado título de *iqbal*, o favorita. Entonces se mudó a una habitación mucho mayor y se le adjudicaron tres kalfas para su servicio. Era el momento de tener un hijo.

Selma ha oído a menudo a viejas damas de la corte contar cómo, cuando su hijo Reshat nació, la hermosa circasiana había sido promovida al rango de tercera cadina. Para separarse del grupo de concubinas y lograr esa posición tan apetecida, no bastaba con ser bella, había que poseer inteligencia y tenacidad. Cuanto más se subía en la jerarquía del harén, más se agudizaban las rivalidades y se definían los peligros. A esos niveles, la lucha se volvía en una guerra sin cuartel. En efecto, todos los hijos de las cadinas eran príncipes imperiales, por lo tanto, todos sultanes en potencia. La regla dictaba que el mayor accediera al trono. Pero durante seis siglos de historia otomana, se había visto desaparecer a muchos primogénitos, víctimas de accidentes o aquejados por enfermedades misteriosas...

La cadina no había permitido que nadie cuidara de su hijo. Conocía demasiados ejemplos de nodrizas o eunucos pagados por alguna rival ambiciosa. Ella se había jurado que su hijo sería sultán y que ella misma se convertiría en sultana Valida. Toda su vida había tenido ese objetivo. Tuvo que esperar hasta la edad de setenta y ocho años para que se materializara.

Y ahora, la ambición, que la había sostenido durante sesenta años de diplomacia y de intrigas, la ha abandonado. Ya sólo es una anciana cansada.

Con su blanquísima mano, la sultana Valida acaricia la mejilla de Selma, lo que significa gran benevolencia, y felicita a Hatidjé por su buen aspecto. Luego, dando una gran bocanada a su narguilé de oro, cierra los ojos. La entrevista ha terminado.

Es el momento de ir a visitar a las cadinas. Cada una recibe en su propio apartamento. Son verdaderas pequeñas cortes dentro de la corte, animadas por un consejo de eunucos, secretarias, intendentes, grandes y pequeñas kalfas; la etiqueta prescribe que se las visite antes de cada ceremonia.

Este año, por primera vez, Selma va a pasar la prueba del protocolo. Con el corazón palpitante ante las miradas implacables que la juzgan, la princesita comienza a dar la vuelta a la honorable asamblea. Con mucho cuidado, mide la profundidad de sus temenahs de acuerdo con la jerarquía de la persona a quien saluda. Esta jerarquía es el resultado de una complicada educación en la que cuentan el nacimiento, el rango y la edad. Por ello, se le exige a la niña un conocimiento perfecto y pormenorizado de la corte y sus costumbres.

Cuando ve que se esbozan sonrisas a su alrededor, Selma respira: ha pasado la prueba.

De repente se escucha un bullicio: el sultán ha vuelto de la oración del selamlík y va a comenzar la ceremonia del besamanos.

Entonces, abandonando la charla y las golosinas, todas se precipitan, tanto como se lo permiten sus dignidades, hacia la galería circular que domina la sala del trono. Desde allí, ocultas detrás de las *mucharabieh*,* las mujeres asistirán a uno de los más grandiosos y divertidos espectáculos del año. Selma, apretada entre dos corpulentas damas, apenas puede respirar, pero por nada del mundo abandonaría su puesto de observación.

Mirando a treinta metros por debajo de ella, ve un bosque de feces rojas y levitas negras o grises, animado por las manchas de color de los uniformes militares. Deslumbrada por las miles de lámparas de la sala del trono —se dice que es la mayor de Europa—, Selma necesitará largo rato para lograr distinguir algún rostro.

Al fondo de la sala está sentado el sultán, silueta hierática en su amplio trono de oro macizo incrustado de piedras preciosas. A su derecha, los príncipes de la familia imperial, con uniforme de gala, de pie, por rango de edad.

* *Mucharabieh*: especie de tabique de madera calada.